co..... ¿Madre mia, somos bastante ricos para eso?

—Sí, respondió María sin titubear, y te apruebo plenamente.

—Tal es tambien el pensamiento de la anciana marquesa, dijo Brettecourt y en cambio de las cantidades que le adelantareis, os dará su palacio como garantía.....

—¡Ah, poco importan las garantías! exclamó Juan Renaud con entusiasmo.—¿Qué es una cuestion de dinero entre nosotros? ¡Salvemos el nombre de Villepreux, salvemos tambien á mi jóven amigo de una union con esa extranjera, cuya fortuna ha sido ganada tal vez de un modo deshonroso!..... ¡Iré á ver al marqués!

—Hoy ha seguido representando su comedia habitual de hombre cortés; pero aún esta mañana ha declarado formalmente á su hijo, que no consentirá nunca vuestro casamiento con Enriqueta, pues no quiere dar su mano sino á un individuo de la nobleza. En cuanto á Federico, el pobre niño ha comprometido su palabra, y está obligado á cumplirla..... ¡Honorato no os recibirá!

—Un compromiso en tales condiciones no tiene valor.....

—Pienso lo mismo que vos; ¡pero si quereis salir con bien de vuestra empresa, si quereis obligar á ese hombre á que os escuche, á que

os obedezca, es preciso que mudeis vuestro nombre!

—¡Yo, dejar mi apellido!

—Es preciso.

—¡Yo dejar el nombre de mi madre!..... ¿Y sois vos, mi general, quien me lo aconseja?

—Es preciso que pertenezcais á la nobleza!

Juan miró á Brettecourt, despues á su madre con estupefaccion, ó más bien asustado.

—Sí, hijo mio, dijo María temblando algo, pero resuelta.

—¿Quieres, madre mia, que abandone tu nombre?

—¿Rehusareis acaso llevar el mio? preguntóle Brettecourt.

XVIII.

NOBLE.

Juan cayó otra vez en su asiento, cubriéndose el rostro con las manos.

—Dispensadme ambos, dijo; pero ya no os

comprendo. ¿Cómo es que tú, madre mia, tú, tan grande en todo; tú, siempre tan sencilla como noble, y vos, mi general á quien considero como la personificacion de la honra, me aconsejais los dos que recurra á semejante subterfugio, á una mentira?..... ¿Quereis que me haga culpable de una mala accion?..... ¿Dejar mi nombre, por modesto que sea, aún para tomar el vuestro tan ilustre, general, no es una cosa indigna? ¿No me habeis enseñado ambos á obrar, siempre y en todos los momentos, con lealtad y con franqueza?.....

—Vuestro deber Juan.....

¡Mi deber es honrar el nombre de mi madre y hacerle respetar de todos!..... ¡Olvidar este nombre! Creerian que me ruborizo de él...

Brettecourt esperaba esta explosion de delicadeza. Era el único escollo que pudiera impedir la realizacion de sus proyectos.

—Señora, dijo con mucha gravedad volviéndose hácia María, hacedme el obsequio de asegurar á vuestro hijo que su deber le ordena aceptar y que á mi tambien me manda el mio ofrecerle mi nombre y mi título.

—Juan lo aceptará, declaró María, cuando sepa lo que os resta decir.

El conde se turbó un instante.

—Teneis razon, murmuró, no me he hallado todavía con bastante valor para decírselo todo; y sin embargo, yo soy quien debe darle

á conocer toda la verdad. ¡Si supiérais el mal que os he ocasionado yo, hijo mio!

—¿Vos? exclamó Juan levantando la cabeza.

Brettecourt abrió la boca para pronunciar la frase que pugnaba por escaparse de sus lábios desde el principio de la conversacion; pero titubeó aún. No experimentaria Juan hácia él una aversion insuperable cuando supiera que habia sido la causa de su orfandad?

Así es que, para retrasar algo la confesion completa de la verdad, se puso á referir el drama en todos sus detalles.

—Os he dicho simplemente no hace mucho que Juan de Villepreux cayó herido por mí; pero es preciso que sepais tambien ahora, que en los pocos momentos que pasé á su lado antes de aquella espantosa desgracia, me habia hecho la confesion entera de su vida. El marqués de Villepreux amaba á una modesta obrera hacia algunos meses ya..... Aquella jóven no le conocia sino con un nombre supuesto.

Juan Renaud fijó maquinalmente la vista en su madre. María, asida fuertemente á los brazos de la butaca en que se hallaba sentada, trataba de dominarse, para no prorrumpir en llanto.

—Mi amigo, prosiguió Brettecourt, tenia la intencion más formal de casarse con ella, no deteniéndole otra cosa, que el respeto que le

inspiraba su madre, pues semejante enlace hubiera herido con fuerza su orgullo, y no podia él, por consiguiente, hacer que consintiese aquella union, sino poco á poco y en fuerza de cariño..... Y os afirmo que yo hubiera visto cumplidos sus deseos, si la muerte no le hubiera asaltado demasiado pronto..... Me habia encargado que fuera yo á implorar á la anciana marquesa en favor, tanto de él como de su hijo.....

—¿Su hijo? balbuceó Juan trastornado.—¡Un hijo!.....

—Que aún no habia nacido.

Juan, sentado en el borde de la butaca y con el cuerpo inclinado hácia el conde, bebia sus palabras.

—Y quiso reconocerle, pues tenia el presentimiento de su muerte. Al efecto, hizo preparar su testamento por el notario señor Florimont, y en aquel acta se reconocia como hijo suyo á aquel niño que no habia llegado todavía al mundo y rogaba á su familia que tratase como si fuera su legítima mujer á la que amaba con verdadera pasion.....

En aquel momento el jóven notó las lágrimas que corrian lentamente por las mejillas de su madre sin un sollozo, no levantando siquiera las manos para enjugarlas.

—Y..... ¿ese testamento? preguntó el jóven con voz ahogada.

Empezaba á presentir la verdad.

—No estaba completo por desgracia. Temiendo una indiscrecion, mi amigo no habia dado ningun nombre al notario; todo debia terminarse el dia que le maté.

—Pero á vos, mi general, ¿nada os dijo?

—¡Ay! no. Habíamos convenido que aquella misma noche me llevaria á ver á su prometida.....

—Y..... ¿no habló antes de morir?

—Lo llevaron á su casa..... le acompañé..... pensando no separarme de él hasta que no exhalara el último suspiro..... Su hermano nos rogó al médico, al notario y á mí que le dejásemos solo en el momento en que Juan estaba agonizante..... ¿Habló entonces?..... ¡Nunca lo sabremos probablemente; pero su hermano nos afirmó que no habia pronunciado una palabra!.....

—¿Y su madre no supo nada?

—La marquesa se enteró por el señor Florimont y por mí de la situacion especial de su hijo.

—Y..... ¿qué hizo? preguntó Juan, cuya garganta apenas dejaba pasar los sonidos.

—Obró con una nobleza admirable. Declaró sin titubear que acataría la última voluntad del marqués, que acogería á su prometida como si fuera su hija y que el niño vendría al mundo en el palacio de Villepreux.

—¡Qué bello carácter! exclamó Juan.—Mas..... ¿y la jóven que le destinaban para esposa?

—Estuvo tambien admirable en su abnegacion, pues participaba de los mismos sentimientos delicados de la marquesa.

—¿Y el nuevo marqués?

—Fué un modelo de hipocresía. Afirmó que ignoraba todos los secretos de su hermano y declaró que estaba dispuesto á amparar á tan desgraciada mujer y á adoptar....., á reconocer á su hijo si fuese necesario, puesto que le autorizaba para ello la ley.

—¡Tal vez fuera sincero entónces! dijo Juan.

—No, replicó Brettecourt.—Sin embargo, él fué quien dirigió nuestras averiguaciones. Debíamos recorrer todo Paris para hallar á la desgraciada jóven que evidentemente habia de creerse abandonada. Pocos indicios teníamos para alcanzar nuestro objeto; pero eso no obstante, esperábamos encontrarla. Empezamos á registrar todos los barrios, calle por calle y casa por casa, sin obtener ningun resultado. La marquesa y la señorita Julieta de Persant vivian como nosotros en un constante estado febril; y pronto perdimos la esperanza de encontrar á la jóven que buscábamos hasta la época en que habia de nacer su hijo, época que conociamos casi con certeza. Mas aquel tiempo pasó tambien sin que consiguiéramos

nuestros deseos, y la marquesa misma nos mandó cesáramos en nuestras investigaciones, retirándose ella algun tiempo á su quinta de Angoville, y el marqués luego se casó con la señorita de Persant.

Brettecourt se detuvo algunos segundos; pero en seguida Juan le preguntó:

—¿Es cuanto sabéis, mi general?

—No. He empezado mi relato hablándoos de los corazones nobles y buenos que conocéis y amáis; hé aquí lo que hizo el traidor: el marqués sabía con certeza el barrio en que vivia la prometida de su hermano, y se lo reservó para hacer en él las necesarias indagaciones y la encontró.

—¡Ah! exclamó Juan palideciendo.

—Conocia tambien el nombre supuesto que habia tomado mi amigo y se presentó en casa de la jóven que con tanto afan habiamos buscado los demás, le contó una série de mentiras, sin decírla que su hermano habia muerto; pero le anunció, sí, la de su madre, y la dijo que aquella señora habia exigido á Juan antes de morir que se casara con otra mujer..... Era preciso, pues, que la jóven en cuestion desapareciera, abandonara Paris..... y en pago de su obediencia la llevaba dinero.

—¡Miserable! exclamó Juan dando un salto. ¿Supongo que lo rehusaria?

—Con indignacion. Mas fiel al recuerdo de

aquel que tanto habia amado y de quien se creyó abandonada, le obedeció. Salió de Paris, se refugió muy lejos de la capital, y trabajando siempre, dió á luz á su hijo.....

—¿Un varon, mi general?

—Sí.

—¿Y cómo se llamó aquel niño?

—¡Juan!

—¿Y en qué ciudad de Francia nació?

—En un pueblecillo llamado Banyuls.

—¿Cómo habeis sabido todo esto?

—Lo supe hará cosa de un mes..... el dia que ese hijo quiso conocer el secreto de su nacimiento, y en que su pobre madre, refugiándose en mi casa, pidiéndome ayuda, me dijo cosas que me han permitido descubrirlo todo!

Juan Renaud se tambaleó, preguntándose si no estaba soñando.

—¡Pero mi general, ese hijo que tanto daño ha hecho á su madre preguntándole el nombre de su padre, soy yo!.... Me llamo Juan.... He nacido en Banyuls..... de padre desconocido.....

—¡Ese padre, hijo mio, ya le conocéis ahora!.....

—¿Yo..... yo..... soy?.....

—¡El hijo de Juan de Angoville, marqués de Villepreux!..... ¡Y yo soy, yo, que tanto os quiero, soy yo quien ha muerto á vuestro padre!.....

—¡Basta, basta!

Juan se avalanzó hácia Brettecourt y le tapó la boca con la mano.

—¡Os prohibo que digáis esto! Si mi padre ha muerto, ha sido por que Dios quiso que así fuera. ¡Reprocharos su muerte seria un crímen!

—¡Ah! querido y noble niño, ¡qué digno eres de tu padre! exclamó Brettecourt estrechándole en sus brazos.

—Me parece que es mi padre quien me está abrazando, dijo Juan sollozando.

Despues besó á su madre, que le tendia los brazos.

—¡Madre querida, cuanto habrás sufrido creyéndote abandonada!

—Y con voz temerosa:

—¿Lanzaste, quizás, alguna maldicion contra mi padre?

—No, Juan, siempre le he amado y respetado sin saber por qué. Olvidaba su abandono para no acordarme más que de la felicidad que me habia proporcionado. ¡Era tan bueno, tan cariñoso y tan noble en todos sus pensamientos!..... ¡Y qué orgulloso hubiera estado de tí!

—¡Yo tambien siento orgullo por ser su hijo! ¡Mas no vayáis á creer que por su título de marqués; pero es tan bueno cuando no se tiene ya padre el decirse que era digno de su mujer!..... ¡Ah! hablaremos muchas veces de

él los tres; ¿me contaréis los menores detalles de su juventud, mi general?..... ¡Revivirá para nosotros!.....

—Sí, hijo mio.

—¿Y tú, madre, me dirás?.....

—Todo te lo contaré..... cómo le conocí, cómo le amé..... Hasta ahora con nadie podia hablar de él; mamá Renaud que le amaba antes, le maldijo despues y nunca pronunciábamos su nombre.....

—Pues bien, nos desquitaremos ahora, pues le quiero mucho, le quiero como si le hubiese conocido. ¿Tienes su retrato?

—Mírate al espejo, hijo mio, y le verás, pues tu parecido con él es asombroso.

Entonces fué preciso contar á Juan Renaud el modo cómo María conoció á Juan Berthier, que á la sazon era cómo aparecia en el retrato que conservaba Brettecourt, su emocion, su amistad, y todo lo que habian convenido en secreto para asegurar la felicidad del hijo de Juan de Villepreux.

—¿Hacia mal al deciros que tuviérais esperanza?

—¡Ah! mi general, habeis sido un padre para mí.

—¿No debo acaso hacer las veces del que os he quitado?

Hubo un silencio bastante largo. Aquellos tres nobilísimos seres, se miraban con amor,

olvidando por algunos instantes las dificultades de la vida para entregarse á la dicha de estar reunidos y de amarse en el recuerdo de aquel que ya no existia.

Juan fué el primero que abandonó aquella especie de éxtasis.

—¿La desgracia de tu vida ha sido, pues, madre mia, el resultado de la traicion de un miserable? dijo con amargura.—¡Y ese mismo miserable es quien hace poco aún ha querido humillarnos!..... ¡El hombre que me escribió aquella carta!..... ¡Oh, qué bien voy á vengarte, madre adorada!.....

Al pronunciar estas palabras, Juan apretaba los puños; la indignacion que experimentaba le hacia olvidarse de Enriqueta para no pensar más que en su madre, figurándose las torturas que habia sufrido creyéndose abandonada.

—¡Vengarme, hijo mio! dijo María.—¿De qué?

—De aquel engaño infame.

—No quiero recordarlo.

—¡Quiero yo devolverte la honra!

—Mi honra eres tú.

—Justo es que ese hombre sufra el castigo de su culpa.

—¿Quieres castigar al padre de tu amada?

Juan inclinó la cabeza.

—¡Mi madre ánte todo! balbuceó.

BIBLIOTECA PUBLICA DE

—Tu madre te suplica en su nombre, lo mismo que en el de tu padre, que concedas el más completo perdon al marqués de Villepreux. ¡Si quieres vengarte, hazlo con nobleza; salva á ese desgraciado! No acepto otra venganza.

Juan levantó la vista hácia Brettecourt, como para interrogarle.

—Vuestra madre tiene razon, dijo el general.—Sois un Villepreux; vuestro deber os manda que salveis de la deshonra el nombre...

—El nombre sí; pero que perdone al que tan indignamente le lleva.....

—El amor á vuestro padre os ordena tambien que procureis la dicha de su familia, que tan desgraciada es hace mucho tiempo, y esa no existirá nunca si no concedeis al marqués de Villepreux el olvido de su conducta y el más completo perdon del mal que os ha hecho.....

—¿La marquesa ignora, pues?

—Todo; y debe ignorarlo mientras viva.

—¿Entonces tratarán siempre á mi madre como á una extraña?

—En primer lugar las damas de Villepreux considerarán á la señora de Renaud como si fuera hija de la una y hermana de la otra; además vuestra madre es quien quiere.

—Sí, hijo mio, interrumpió María Renaud, quiero que lo perdones y que lo olvides todo.

—Es menester que comprendais bien una cosa, Juan, dijo Brettecourt, la marquesa viuda no ha estimado nunca mucho á Honorato; le ha querido muy poco. Si le decimos quién sois y quién es vuestra madre, no hay duda que os querrá con más ternura; pero no se le podria ocultar parte de la verdad, haciéndose preciso revelárselo todo y contarle la traicion de que se hizo culpable Honorato cuando estábamos buscando á vuestra madre..... Conozco á la marquesa, tiene un carácter indomable, echaria á su hijo de su casa y no lo volveria á ver nunca. ¿Es esto lo que deseais?..... Pensad tambien en Enriqueta.....

—Pensar en Enriqueta es pensar en mí; pero no debo olvidarme de mi madre.

—Durante el último día que pasé con mi amigo, me habló bastante de su hermano, disculpándole y atribuyendo todo cuanto podian reprocharle por su carácter envidioso y díscolo, á la diferencia, por demás notable, que existió siempre en la familia de Villepreux entre el hijo mayor y el segundo, y que hacia sufrir mucho á Honorato..... Juan, os aseguro que si vuestro padre volviera á la vida ahora, os mandaria que perdonárais.....

Juan permaneció silencioso y con la vista baja. Brettecourt y su madre esperaban con ansieded que hablase.

—¡Vamos, hijo mio! ¿qué piensas hacer? murmuró María.

—Madre, ese hombre no es digno de perdon; sabe quiénes somos y desde el dia en que de nuevo nos hemos hallado en su camino, no solamente no ha hecho nada para reparar su mal proceder, sino que ha agravado su infamia.

—¡La nobleza de sus hijos rescatará todo el mal que ha hecho! exclamó Brettecourt.

—El amor de Enriqueta será mi recompensa, dijo María.

—¡Vaya! puesto que os empeñais, replicó Juan, os obedezco. Yo tambien perdono al marqués de Villepreux el mal que ha hecho á mi madre.

María se precipitó hácia su hijo.

—¡Gracias, hijo mio! exclamó estrechándole entre sus brazos. ¡Gracias en nombre de tu padre que debe de ser muy feliz allá arriba viendo que eres tan bueno y tan generoso!..... ¡Prométeme que á nadie revelarás lo que acabas de saber....., y sobre todo á mamá Renaud!

—¿Le pasaba á mi bisabuela lo que á mí? ¿Le aborrecia?

—Sí, y seria capaz de hacer alguna cosa que comprometiera tu felicidad y la nuestra.

—Está bien, me callaré; pero mamá Renaud tarde ó temprano verá al marqués..... ¿Y si le conoce?

—La memoria de los ancianos suele ser muy débil.

—Para las cosas del momento sí, madre mia; pero para las de antaño.....

—Es poco probable que la conozca, y aun cuando así fuera, le diriamos que no era más que un parecido. Además no sabe su verdadero nombre.

—Tienes razon, dijo Juan.

Despues, ofreciendo su mano á Brettecourt.

—Gracias, mi general, dijo, por haber sido mi guia en todo esto, gracias por haberme indicado cuál es mi deber, vuestra cordura ha corregido felizmente la impetuosidad de mi carácter.

—Es porque he llegado á la edad, hijo mio, dijo con tono grave el general, en que desea que el odio desaparezca y que vivan en union todos los séres que nos son queridos. El marqués estará bastante castigado con la duda en que va á vivir de hoy en adelante; de seguro que piensa ya en si vuestra madre lo ha conocido, y temblará siempre en su presencia...¿Y quién sabe si poco á poco volverá al sendero del bien y del honor?..... La venganza no os hubiera dado más que una ligera complacencia y os hubiera dejado pesares eternos. El perdon os producirá la más dulce satisfaccion.... Os aseguro que no sentireis nunca haber obrado como lo haceis.

—Teneis razon, experimento ya una impresion de calma y de paz..... ¡Cuán bueno es devolver el bien por el mal.....

El rostró de Juan Renaud expresaba alegría y felicidad.

—¡Manos á la obra! exclamó. No tenemos tiempo de entregarnos á nuestras emociones; la hora es apremiante, es preciso que mañana el nombre de Villepreux esté salvo y que lo salve yo..... ¿Qué debo hacer?

—Me parece que vuestra madre tiene ya reunido el capital necesario.

—Sí, todo está pronto, dijo María.

—Entonces, mañana mismo ireis á ofrecérselo al marqués, quien á pesar de todo, ha de sufrir una cruel humillacion al recordar lo hecho y pensar en el sacrificio que imponia á su hijo.

—Sí, iré á su casa, le obligaré á que me escuche, á que acepte de mí, que me considero como su yerno, su hijo, el favor que estaba pronto á deber, humillado, á unos extranjeros. Tengo ahora la necesaria condicion para imponerle mi voluntad; se lo haré sentir con respeto; pero si me obliga.....

—No hay más que un obstáculo ya, y es que el marqués quiera recibiros.

Juan se sintió contrariado.

—Si os presentais en su casa con el nombre de Juan Renaud, tened entendido, conforme os lo he dicho antes, no consentirá siquiera en admitir vuestra visita: no hay más que un medio que pueda abatir su orgullo, su cólera y sus malos sentimientos; es preciso sembrar el temor en su alma y despertar en ella la duda, que hará temblar ante vos. Cuando os presenteis en su casa, ya no llevareis vuestro nombre, sino el mio.

—Juan se estremeció pero permaneció callado.

—Soy solo en el mundo, sin familia y viejo además, prosiguió Brettecourt.—Mi apellido se extingue conmigo. Sois noble, Juan, y tomo á Dios por testigo de que yo no consentiria nunca en trasmitir mi nombre á un sér que no fuera noble, pues el respeto que tengo á mis antepasados no me lo permitiria. ¡Jamás podreis llevar el título á que hubierais tenido derecho, y como por mi culpa lo habeis perdido, os doy el mio!

Juan sufria cruelmente.

—¡Dejar yo el nombre de mi madre, repitió con doloroso acento.

—¡Lo quiero yo! dijo María con autoridad.

Juan se quedó mudo durante algunos instantes con la cabeza inclinada, luego se arrodilló delante de Brettecourt y le dijo:

—Dios que me vé y lee en mi corazon, sabe que no obedezco á ningun sentimiento de interés personal, y que si quebranto un deber,

es para cumplir otro mayor aún. Acepto vuestro ilustre apellido, mi general, y os juro por todo lo más sagrado que tengo en este mundo, que haré cuantos esfuerzos estén en mi poder para no desmerecer en nada de aquellos que lo han llevado hasta este día.

Brettecourt extendió las manos sobre la cabeza de Juan para bendecirle, y alzando la vista al cielo, dijo:

—Vosotros todos, que me habeis trasmitido tanta honra y tanta gloria, queridos antepasados, que venero desde mi más tierna infancia, padres mios, que sin duda me escuchais en este momento, aceptad á este niño como si fuera vuestro hijo, por digno sucesor! Ninguno de nosotros habrá honrado más que él el nombre de Brettecourt.

Dicho esto, el conde levantó á Juan y éste, con el rostro humedecido por las lágrimas, balbuceó:

—¡Padre mio, padre mio, abrazadme!

Aquella noche el señor Florimont se paseaba como un alma en pena, desde el comedor á su cuarto y desde su cuarto al salon.

Luisilla habia dicho que estaba enferma y se habia encerrado en su habitación para llorar.

A eso de las nueve se oyó un campanillazo y entraron en casa del notario el general conde de Brettecourt y Juan Renaud.

Luisilla, impelida por la curiosidad, salió de su dormitorio de puntillas, y por la abertura de un portier, apercibió á los tres hombres que se dirigian al despacho de su padre.

El notario estaba muy agitado, Juan pálido y Brettecourt sereno.

La conferencia fué bastante larga; la jóven maldijo la espesura de la puerta del despacho que la impedia oir, pues habia olvidado momentáneamente su pena para ponerse á escuchar.

Lo único que notó fué, que cuando Juan y el general se retiraron estaban muy conmovidos.

XIX

EL VIZCONDE DE BRETTECOURT.

A la misma hora en que el general y el hijo de María salian de casa del notario, el marqués de Villepreux estaba sentado ó más bien tenido en una butaca delante de su secreter abierto, con la mirada fija, la cara pálida y